



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

OBISPO

HOMILÍA I DOMINGO DE CUARESMA, CICLO B. 18/II/2024.

Muy apreciados diocesanos:

Hace apenas algunos días, el miércoles de cenizas, cuando iniciamos la Cuaresma, recordamos las prácticas propias de este tiempo: la oración, el ayuno y la limosna, las cuales nos prepararán para celebrar la gloriosa resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

Hoy, la liturgia de la palabra nos invita a meditar sobre una de esas prácticas: la oración. Dice el Evangelista que *“el Espíritu Santo empujó a Jesús al desierto”*. El desierto, entre los muchos significados que tiene en la Sagrada Escritura, significa lugar de silencio, que nos permite el encuentro con el Señor; austeridad, ausencia de toda cosa superflua. Dice el Papa Benedicto XVI que *“reflexionar sobre las tentaciones a las que es sometido Jesús en el desierto es una invitación a cada uno de nosotros para responder a una pregunta fundamental: ¿qué cuenta de verdad en mi vida?”*, y una de las cosas fundamentales, sin la cual no podemos vivir, es la oración. Esa ha sido la experiencia de los grandes santos: *“aquel que ora ciertamente se salva, y quien no ora, ciertamente se condena”*, decía San Alfonso María. Y el Santo Cura de Ars nos dirá: *“todos los males que nos agobian en la tierra vienen precisamente de que no oramos o lo hacemos mal”*.

Llama poderosamente la atención que Jesús, después de haber recibido el bautismo en el Jordán, momento en el que fue proclamado Hijo Amado en el cual el Padre tiene todas sus complacencias y haber recibido el mandato de llevar la Buena Nueva a los pobres, sanar los corazones afligidos y predicar el reino, no se apresura a cumplir esa misión, sino que obedece al Espíritu, ora, medita, ayuna y lucha. Todo esto en una profunda soledad y silencio.

No es de extrañarnos, porque esta fue la conducta que Jesús asumió durante toda su vida, puesto que para Él *“su manjar, su delicia, era cumplir la voluntad del que lo había mandado”*, y sólo lo podía hacer si estaba muy unido a su Padre.

En efecto, Jesús:

- Iniciaba su jornada, retirándose a un lugar tranquilo y solo a orar, porque sabía que durante el día tendría que estar ocupado en las cosas del Padre.
- En muchas ocasiones, se separaba de los hombres y se refugiaba a solas en un trato íntimo con aquel que le había enviado.
- Y cuando debía tomar una decisión importante, por ejemplo, cuando eligió a los doce apóstoles y la noche antes de entregar su vida por nosotros, pasó toda la noche en vigilia, pidiéndole al Creador que lo iluminara, que lo consolara y que le diera las fuerzas necesarias para emprender lo que su Padre le pedía.

El cristiano, cual seguidor de Jesús, debe imitar este ejemplo. No se concibe a un cristiano que ponga objeciones para no orar, que se justifique diciendo que tiene

mucho trabajo, o deje la oración en un segundo plano, o simplemente que ella desaparezca de su vida. En la actualidad, estamos muy acostumbrados a la imagen, al sonido, al alboroto, al trabajo frenético, y nos cuesta ponernos delante del Sagrario para escuchar a Jesús. Y, por eso, somos esclavos de nuestros vicios y pecados. Por esa razón tenemos vacíos y temores en nuestra existencia.

Se repite, de algún modo, lo que le sucedió al pueblo de Dios en Egipto, cuando el Faraón mandó a sus ministros: *“Que se aumente el trabajo de estos hombres para que estén ocupados en él, de forma que no presten oído a las palabras de Moisés y no piensen en sustraerse de la esclavitud”* (Éx 5, 9). Los «faraones» de hoy hablan, de modo tácito y explícito, a través de los medios de comunicación social y las redes sociales, ordenan que se aumente el alboroto sobre la gente, que les aturda, para que no piensen, no decidan por su cuenta, sino que sigan la moda, la ideología, compren lo que ellos quieren, consuman los productos que ellos ofrecen, para que de esta manera se olviden de sí mismos y de su Creador.

San Juan Pablo II, instaba a los fieles: *“¡No dejéis de orar! ¡Que no pase un día sin que hayan orado un poco! ¡La oración es un deber, pero también es una gran alegría, porque es un diálogo con Dios por medio de Jesucristo! ¡Cada domingo, la Santa Misa, y, si es posible, alguna vez durante la semana; ¡cada día, las oraciones de la mañana y de la noche, y en los momentos más oportunos!”*. Si estamos unidos al Señor, podremos, como Jesús, vencer las tentaciones que nos presentan los enemigos del alma: el mundo, la carne y el demonio.

Hoy, el Evangelio nos habla también del gran tentador de la humanidad, el demonio, que quiere apartar a los hombres del camino de Dios. Él no se cansa ni descansa. Él trabaja las 24 horas al día, los 7 días de la semana. Cesa su trabajo con nosotros cuando morimos.

Jesús, precisamente, venció al demonio por la fuerza espiritual que consiguió en la oración, porque vivió de la palabra del Señor, nunca se expuso temerariamente a los peligros y solamente adoró a su Padre.

Queridos hermanos: ¡tenemos cuidado con ese ser siniestro! Existe, y todavía actúa, usando sus armas: la astucia, el engaño, el desaliento, la intriga. “Nos dice San Agustín para consolarnos, *que el demonio es un gran perro encadenado, que acosa, que mete mucho ruido, pero que solamente muere a quienes se les acerca demasiado*” (Santo Cura de Ars). Querido hermano, no te dejes seducir por el demonio. No permitas que el desaliento, la amargura, la desesperanza, la frustración, reine en tu corazón. Comparto con ustedes esta fábula que nos ayudará a comprender lo que he dicho más arriba: Cierta vez corrió la voz de que el diablo se retiraba de los negocios y vendía sus herramientas al mejor postor. En la noche de la venta, estaban todas las herramientas dispuestas en forma que llamaran la atención, y por cierto era un lote siniestro: Odio, celos, envidia, malicia, engaño, placeres, excesos... además de todos los implementos del mal.

Pero un tanto apartado del resto, había un instrumento de forma inofensiva, muy gastado, como si hubiese sido usado muchísimas veces y cuyo precio, sin

embargo, era el más alto de todos. Alguien le preguntó al diablo cuál era el nombre de la herramienta: Desaliento, fue la respuesta. ¿Por qué su precio es tan alto? -le preguntaron-. Porque ese Instrumento -respondió el diablo- me es más útil que cualquier otro; puedo entrar en la conciencia de un ser humano cuando todos los demás me fallan y, una vez adentro, por medio del desaliento, puedo hacer de esa persona lo que se me antoja.

Está muy gastado porque lo uso casi con todo el mundo y, como muy pocas personas saben que me pertenece, puedo abusar de él; El precio de desaliento era tan, pero tan alto, que aún sigue siendo propiedad del diablo. El desaliento es uno de los estados de ánimo contra el cual es indispensable fortalecerse. Nos desalentamos con la situación económica, con nuestro trabajo, con nuestra familia, con la necesidad de cambio, con los grupos de amigos, con el engaño, con la mentira, con el desamor. Debemos mantenernos alertas contra el desaliento. Si se presenta un tropezón o una caída no hay que entregarse. Después de cada caída se empieza, otra vez, desde un punto más alto. Digamos como San Pablo en Segunda de Corintios: “estamos atribulados en todo, más no angustiados; en apuros, más no desesperados (4, 8-9)”.

Si somos fieles a nuestra oración diaria, si recibimos frecuentemente los sacramentos, tendremos fuerza espiritual para resistir y superar las tentaciones del Maligno.

Le pedimos a Papa Dios “líbranos del mal”, “aparta de mí lo que me aparte de ti”. Arcángel San Miguel, “defiéndenos en la lucha, sé nuestro amparo contra la maldad y las asechanzas del demonio” Que María Santísima, por su constante intercesión, nos ayude a salir victoriosos de este combate. Amén.


† *Ángel Caraballo*
† Ángel Francisco Caraballo Fermín
Obispo de Cabimas

Prot. 2024/044